

Historia de la cultura escrita

ideas para el debate

*Antonio Castillo Gómez**

Ante el desarrollo alcanzado en los últimos decenios por los estudios sobre la cultura escrita, el presente artículo ofrece una recapitulación de las principales trayectorias seguidas hasta la fecha junto a una serie de reflexiones con vistas al porvenir de dicho campo de investigación. En la primera parte se examinan las dos principales corrientes que han dado lugar a la historia de la cultura escrita: la historia social de la escritura, muy ligada a la mirada renovadora de ciertos paleógrafos encabezados por el italiano Armando Petrucci; y la historia del libro y de la lectura, con mayor arraigo en el mundo anglosajón, Francia o Alemania. En la segunda se entra de lleno en la definición de la historia de la cultura escrita como una forma específica de historia cultural cuyo objetivo debe estar en la interpretación de las prácticas sociales del escribir y del leer. En tal sentido se considera imprescindible que la historia de la cultura escrita se plantee como historia social y que otorgue una especial relevancia al análisis de las formas materiales de lo escrito, tanto por lo que indican respecto a los diferentes grados de competencia gráfica como por lo que sugieren en relación a las modalidades de apropiación de lo escrito.

HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA; HISTORIA CULTURAL; HISTORIA SOCIAL; ESCRITURA; LECTURA; HISTORIOGRAFÍA.

* Universidad de Alcalá. *E-mail*: antonio.castillo@uah.es

A modo de balance

Conste, para empezar, que no pretendo sostener una concepción exclusiva de lo que debe ser o no la historia de la cultura escrita ni registrar su denominación de origen; pero tampoco quiero rehuir la oportunidad de este convite para presentar mi postura al respecto y, en lo que pueda, para salir al paso de la confusión y mescolanza que suele darse cada vez que se “descorcha” una nueva forma de hacer historia. En cierto sentido, con la historia de la cultura escrita puede estar sucediendo algo similar a lo que Josep Fontana dijo respecto del auge que la historia de las mentalidades tuvo en otros momentos: que “por las muchas aberturas que deja la indefinición conceptual se pueden introducir en el campo – y no hay duda de que lo han hecho – toda clase de embaucadores. Y, lo que es peor, podemos estar ofreciendo a las jóvenes generaciones de historiadores que se inician en la investigación una cobertura puramente nominal – tanto más atractiva por la libertad que ofrece – para una práctica carente de rigor, que puede producir un enorme volumen de literatura insustancial”¹.

Si así fuera quedaría invalidado tal campo de investigación. Por ello, ante la sola presunción del riesgo, entiendo que urge reflexionar sobre sus cometidos y límites partiendo de una condición sin la cual no es posible plantear ni esta ni cualquier otra forma de aproximarnos al devenir de la historia: su carácter esencialmente social.

1. *La escritura en toda su complejidad*

“La escritura puede ser todo aquello que nosotros seamos capaces de leer en ella”². Esta apreciación de Cardona muestra en su esencia la riqueza de matices que podemos valorar al analizar el lenguaje escrito, la

1 Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 111-112.

2 Giorgio R. Cardona, *Storia universale della scrittura*, Milano, Mondadori, 1986, p. 11.

pluralidad de perspectivas desde las que se puede abordar su estudio. Y, sin embargo, este proceder ha estado prácticamente ausente de la labor de muchos de los estudiosos que se han ocupado de la historia de la escritura. Hasta hace poco la mirada puesta en ella era excesivamente lineal, empeñada tan sólo en la vana pretensión de clasificar y medir dicho instrumento de comunicación; como si estuviera desprovista de cualquier implicación con las sociedades que lo han empleado a lo largo del tiempo. Insistía, pues, en una concepción de la escritura en términos puramente mecánicos y gráficos, sin descender a cuanto comporta su carácter de sistema de comunicación, cual signo descontextualizado.

Mas allá de esos corsés, al recorrer las sendas abiertas por determinados investigadores, nos topamos de inmediato con las inteligentes observaciones del antropólogo Jack Goody. Para éste, el estudio del hecho escrito no se puede abordar como si la escritura fuera una “entidad monolítica” o una “destreza indiferenciada”; sino justamente al contrario, siendo conscientes de que todas “sus potencialidades dependen de la clase de sistema que prevalece en cada sociedad”³. Sin duda alguna lo que no han sabido hacer cuantos han prescindido de la multiplicidad que encierra y la han reducido a un mero signo lingüístico. Recuperar la amplia riqueza del vocablo es, por ello, unas de las condiciones de partida sobre las que debe levantarse la historia de la cultura escrita, donde viene como anillo al dedo la definición aportada por Attilio Bartoli Langeli, para quien la escritura, término complejo donde los haya,

significa un universo, y no sólo un instrumento, comunicativo, cognoscitivo, expresivo; un punto de intersección entre lo individual y lo colectivo; un sistema de signos y de normas, su apropiación y su uso (activo y pasivo); el acto del escribir y su producto, tanto en la cualidad técnico-material como en la cualidad de texto (contenido y estructura)⁴.

3 Jack Goody, *Introducción*, en Jack Goody (comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales* (1968), Barcelona, Gedisa, 1996, p. 13.

4 Attilio Bartoli Langeli, “Ancora su paleografia e storia della scrittura: a proposito di un convegno perugino”, *Scrittura e civiltà*, n. 2, 1978, p. 281.

Desde esta perspectiva la escritura adquiere pleno valor como categoría de análisis histórico cuyo estudio debe atender a las consecuencias sociales y culturales derivadas de la implantación y extensión del código escrito⁵. En suma, el proyecto que sostiene la historia de la cultura escrita trasciende la consideración de la escritura como un mero sistema gráfico para interrogarse principalmente por sus distintas funciones y las consiguientes prácticas materiales, siempre en referencia a las respectivas sociedades históricas y teniendo en cuenta que en cada momento la sociedad ha estado formada por alfabetizados y analfabetos. Por esa razón, la cultura escrita en cuanto práctica social nos sumerge en una aventura tan apasionante como la de reconstruir, a partir de los propios testimonios escritos y sin obviar su análisis formal, el significado y el uso que le han dado las respectivas sociedades a lo largo del tiempo.

El hecho escriturario, fuera de su instrumentación intelectual o literaria, es, en sí mismo, en la cotidianeidad de sus aplicaciones, un fenómeno lleno de matices, objeto de distintos puntos de vista, y su estudio debe contribuir a recomponer el puzzle de la historia. A la postre, saber por qué razones se ha hecho uso de la escritura en cada momento y sociedad, conocer la distribución de las capacidades de escribir y de leer, las materialidades de lo escrito, y los distintos lugares, espacios y maneras en los que se ha experimentado su recepción y apropiación, en fin, las prácticas de la escritura y de la lectura, es una forma de hacer historia cultural.

Entendida así, la cultura escrita pone de manifiesto la rica gama de sus matices y se configura como un espacio de investigación abierto al diálogo interdisciplinar. Al hilo de esto es obvia la conveniencia de deslindar las veredas de este proyecto científico aunque sólo sea para que no termine disuelto en una especie de indigesta acumulación de las llamadas “ciencias auxiliares”. Comparto totalmente que la erudición de éstas, cuyo concurso

5 Jack Goody, *La domesticación del pensamiento salvaje* (1977), Madrid, Akal, 1985, p. 145. Forma parte de una larga discusión sobre las virtualidades del fonocentrismo y el logocentrismo, cuyos rastros se encuentran en Platón, siguen en Aristóteles, continúan con Bacon o Rousseau y, tras pasar por el estructuralismo lingüístico, llegan hasta la teoría de la deconstrucción de Jacques Derrida.

se ha reclamado en diferentes ocasiones, es indispensable para elaborar una historia de la cultura escrita que haga honor a su nombre y que tenga perfilados sus contornos en el ámbito de la más heterogénea historia cultural; pero sin caer en el error de convertirla en una mezcla confusa de conocimientos técnicos y descriptivos. Lejos de esta tentación, debe asumir los conocimientos reportados por la erudición para situarlos en un proyecto singular y distinto que aspire a captar y determinar el papel desempeñado por la cultura escrita en cada una de las sociedades que se han sucedido a lo largo del acontecer histórico.

Algo, en fin, que no debe confundirse ni con la mera identificación de los tipos gráficos usados en un determinado momento ni tampoco con la pura descripción de un documento, un libro, una inscripción o cualquier otro testimonio escrito. Bajo ese enfoque se hace imprescindible que la historia de la cultura escrita se plantee como un proyecto de alcance interdisciplinar alimentado por los problemas y enfoques propios de cada una de las materias implicadas en su construcción. Al decir de Gimeno Blay, como “una práctica de lectura que vagabundea, que liba distintos pólenes, que aprovecha las invenciones y sugerencias de los demás, que se propone superar el nivel alcanzado por sus predecesores”⁶. Veamos ahora los caminos seguidos en algunas de esas libaciones.

2. Escritura y lectura: trayectorias separadas

En el caso de que hubiera que hacerlo, es difícil establecer un momento fundacional para la historia de la cultura escrita. Como mucho podría sostenerse que el reconocimiento y uso del término prácticamente se circunscribe a la segunda mitad de la pasada década de los noventa. Ha sido en ésta cuando su campo de investigación se ha empezado a perfilar como fruto de una triple conjunción: historia de las normas, capacidades y usos de la escritura; historia del libro y, por extensión, de los objetos escritos (manuscritos, impresos, electrónicos o en cualquier otro

6 Francisco M. Gimeno Blay, *De las ciencias auxiliares a la historia de la cultura escrita*, Valencia, Universitat de València: Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita, 1999 (arché, 3), pp. 19-20.

soporte); e historia de las maneras y prácticas de la lectura⁷. En otras palabras, debe constituir el punto donde confluyan dos tradiciones que hasta la fecha habían descrito caminos paralelos: de un lado la historia de la escritura, y de otro la historia del libro y de la lectura.

La primera de esas trayectorias está directamente relacionada con el paso desde las teorías que vieron en la escritura un signo desarraigado del tejido social hasta la conceptualización de la misma como un producto inseparable de la sociedad que lo usa. De un lado, hasta bien entrado el siglo XX, la paleografía y otras disciplinas eruditas centraron sus objetivos en la fijación de los textos y en la determinación de la autenticidad: bien por las reclamaciones de tierras planteadas por la nobleza y la Iglesia en los siglos XVIII y XIX⁸; bien por la fe ciega en los documentos que sostuvo el proyecto de *historia-nación* tan característico del positivismo decimonónico. De otro, con la publicación del *Curso de lingüística general* (1915) de Ferdinand Saussure se impuso la idea, largo tiempo mantenida en los estudios sobre el lenguaje, de que la lengua era un código autónomo mientras que la escritura no era más que “un disfraz” que “vela y empaña la vida de la lengua”, de forma que desprenderse de ella era el “primero paso hacia la verdad, pues el estudio de los sonidos por los sonidos mismos es lo que nos proporciona el apoyo que buscamos”⁹.

Así pues desde varias disciplinas se difundió una concepción de la escritura como algo ensimismado, cual Orfeo absorto en su propia contemplación. Ajena, por lo tanto, a cualquier planteamiento que la reclamara como un medio de comunicación inseparable del avatar humano y de las

7 Roger Chartier y Jean Hébrard, “Prólogo: morfología e historia de la cultura escrita”, op. cit., p. 11.

8 En ese sentido Francisco Gimeno Blay señaló hace algún tiempo cómo el nacimiento de la paleografía en España se debió a esas circunstancias y ha vuelto sobre ello al interpretar las imágenes empleadas en la tercera edición napolitana del *De re diplomatica* (1789) de Jean Mabillon. Véase respectivamente: Francisco M. Gimeno Blay, *Las llamadas ciencias auxiliares de la historia. ¿Errónea interpretación? Consideraciones sobre el método de investigación en paleografía*, Zaragoza. Diputación Provincial: Institución “Fernando el Católico”, 1986; y *De las ciencias auxiliares a la historia de la cultura escrita*, op. cit., pp. 1-8.

9 Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 47 y 50.

transformaciones acontecidas a lo largo de la historia en las formas de pensamiento y de organización social. Sin embargo, la ruptura con ese corsé se hizo evidente a partir de los años cincuenta y sesenta; es decir, coincidiendo con el ingreso en la época de las comunicaciones de masas, y al rebufo de las incertidumbres y cuestiones suscitadas por éstas.

El lingüista francés Marcel Cohen apuntó lo que debía ser el nuevo camino en sus obras *L'écriture* (1953) y, sobre todo, *La grande invention de l'écriture* (1958), en cuyo comienzo puso una frase que era toda una declaración de intenciones: “El uso de la escritura está en función de su utilidad en una sociedad dada”. De hecho unos años antes, en 1955, al tiempo que Claude Levi-Strauss afirmaba que “la escritura es una cosa bien extraña”, el ruso V. A. Istrin, otro lingüista, al comentar la primera obra de Cohen, no perdió la oportunidad de advertir que “las necesidades sociales de escritura, unidas estrechamente al desarrollo de toda la sociedad, condicionan las leyes históricas del desarrollo de la escritura”.

Aunque desde otro frente de investigación, vino a ser lo mismo que sostuvieron contemporáneamente el historiador polaco Alexander Gieystor y el paleógrafo húngaro Istvan Hajnal. Para éste, en concreto, era insostenible pensar que la escritura hubiera evolucionado “a partir de sí misma, del mismo modo que ningún otro medio técnico se desarrolló a partir de un medio precedente, sino por su reciprocidad continuada en la sociedad”; por lo que “la escritura, al igual que las otras formas de civilización, es un medio nacido del conjunto de la sociedad: su porvenir depende del carácter sistemático de su penetración en la sociedad”. Estas tesis, según ha evocado Armando Petrucci, adquirieron mayor relieve cuando el historiador rumano Sigismund Jakó las difundió en el marco del X Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Roma, 1955), donde presentó un trabajo con el significativo subtítulo de *Considerations sur l'étude de la paléographie sur des nouvelles bases*. En éste reservaba a la paleografía “un papel independiente e importante en el terreno de la clarificación de las relaciones de la sociedad con la cultura”, partiendo de una modificación de sus cometidos: “esta disciplina nueva – es decir, la paleografía fundada sobre nuevas bases – debe ocuparse – además de la escritura y de su uso – de la historia del conocimiento de la escritura y del corpus de presupuestos que conlleva, así como de la historia de todas

las capas sociales que conocen su uso, es decir, de su papel social”. Entendida así, la paleografía tenía las puertas abiertas para evolucionar “de una disciplina empírica de la escritura, tal como ha sido concebida hasta hoy, en una historia de la escritura en la acepción más amplia del término”¹⁰.

Al finalizar los años sesenta, estas llamadas de atención dieron lugar a una verdadera revolución del concepto y método de la paleografía. No ya porque se dejara de lado la labor tradicional de la lectura y descripción de las escrituras antiguas cuanto por la incorporación de nuevas preguntas. Hasta entonces, conforme apuntó Armando Petrucci, la paleografía se había mostrado muy experta al distinguir las tipologías gráficas y al tratar de situarlas en el tiempo y en el espacio; mientras que prácticamente había renunciado a otras dos preguntas no menos fundamentales, el quién y el por qué de los testimonios escritos¹¹. Puede decirse que, como resultado de esto, emergió entonces una nueva forma de hacer paleografía cuyo discurso estaba bien claro: “poner de relieve y convertir en objeto de estudio las relaciones que se establecen, en diversas situaciones históricas, entre los sistemas de escritura, las formas gráficas y los procesos de producción de los testimonios escritos, por un lado, y las estructuras socioeconómicas de las sociedades que elaboran, utilizan y manipulan estos productos culturales, por otro”¹². Su trayectoria posterior ha conducido a una concepción de la paleografía cual historia global de la cultura escrita; esto es, según Petrucci, como una “historia de la producción, de

10 Tomo estos datos de Armando Petrucci, *Historia de la escritura e historia de la sociedad* (1989), Valencia, Universitat de València: Seminari Internacional d’Estudis sobre la cultura escrita, 1999 (Arché, 1), pp. 5-6, a quien me remito para más pormenores sobre estos primeros pasos. Cito por esta edición pero debo recordar que el texto se remite a una conferencia pronunciada en junio de 1985 y que su primera publicación, en italiano, data de 1989.

11 Armando Petrucci, “Scrittura e libro nell’Italia altomedievale. Il sesto secolo”, *Studi medievali*, año 2, vol. X, pp. 157-158, 1969.

12 Armando Petrucci, *Historia de la escritura e historia de la sociedad*, op. cit., p. 1. Evito entrar en más detalle dado que ya lo he hecho en otros trabajos: Antonio Castillo Gómez y Carlos Sáez: “Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre la historia social de la cultura escrita”, *Signo. Revista de Historia de la cultura escrita*, 1, pp. 133-168, 1994; Antonio Castillo Gómez, “De la paleografía a la historia

las características formales y de los usos sociales de la escritura y de los testimonios escritos en una sociedad determinada, independientemente de las técnicas y de los materiales empleados”¹³.

Entre otras consecuencias, dicho enfoque ha tratado siempre de corregir y matizar la visión excesivamente cuantitativista de ciertos estudios sobre el alfabetismo, más si sabe los que integran la primera generación¹⁴. Además, su primera formulación coincidió con un periodo de especial atención a las consecuencias sociales de la escritura, sin duda influido por el ingreso en la época de las comunicaciones de masas. Recuérdese que en 1962 Herbert Marshall McLuhan había publicado su emblemática obra *The Gutenberg Galaxy. The Making of Typographic Man*, y que en 1968 apareció el volumen *Literacy in Traditional Societies*, compilado por Jack Goody, con el cual se puso de relieve el interés de la antropología por las implicaciones de la cultura escrita en las sociedades inicialmente ágrafas. En la introducción a la obra, el propio Goody, tras mostrar su extrañeza por la “poca atención que se ha prestado a la influencia ejercida por la escritura en la vida social de la humanidad”, a pesar de la importancia desempeñada en los últimos 5.000 años, consideraba aún más llamativo el desafecto manifestado por investigadores de varios ramos:

Especialmente sorprendente es el escaso interés en la cultura escrita – y en los modos de comunicación en general – que han mostrado los científicos sociales. Los que trabajan en sociedades “avanzadas” dan por descontada la existencia de la escritura y, en consecuencia, tienden a pasar por alto sus efectos facilitadores sobre, por ejemplo, la organización de partidos, sectas y linajes dispersos. Por otro lado, los antropólogos sociales han tomado como objeto

de las prácticas del escribir”, en Carlos Barros (ed.), *Historia a Debate, II. Retorno del sujeto*, Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1995, pp. 261-271; y Carlos Sáez-Antonio Castillo Gómez, “Paleografía e historia social de la cultura escrita: del signo a lo escrito”, *La Coronica. A Journal of Medieval Spanish Language and Literature*, 28/2, pp. 155-168, 2000.

13 Armando Petrucci, *Prima lezioni di paleografia*, Roma-Bari: Laterza, 2002, p. VI.

14 Huelga decir que la periodización en tres generaciones se debe a Harvey J. Graff, “Gli studi di storia dell’alfabetizzazione: verso la terza generazione”, *Quaderni Storici*, XXII, 64/1, pp. 203-222, 1987 (Publicado originalmente en la revista *Interchange*, 17/2, pp. 122-134, 1986).

principal de su disciplina a las sociedades “prealfabéticas”, “primitivas” o “tribales”, por lo que en general han considerado la escritura (en los casos en que existía) simplemente como un elemento “intruso”. Pero aún cuando se han investigado específicamente las diferencias entre sociedades, pueblos y mentalidades “simples” y “avanzadas”, los autores han omitido examinar las consecuencias de la característica habitualmente empleada para definir la clase de sociedad que están analizando, es decir, la presencia o ausencia de la escritura¹⁵.

Como resultado de estas distintas aportaciones el punto de mira se puso en el estudio de la escritura en cuanto tecnología de comunicación. De un lado interesaba conocer los efectos de la razón gráfica en el pensamiento y en la organización social. De otro, las funciones atribuidas a la escritura y las consiguientes prácticas sociales considerando que cada sociedad está formada siempre de alfabetizados y analfabetos.

En la medida que hablamos de los usos dados al escrito, otro de los filones que más ha contribuido a la actual definición de la historia de la cultura escrita concierne a la evolución experimentada por los estudios sobre el libro y la lectura. En principio, según puede verse por los trabajos germinales de Henri-Jean Martin¹⁶, el interés estuvo puesto: por un lado, en el recuento de la producción libresca, sobre todo impresa, existente en un determinado momento o lugar; y por otro, en el cálculo de su distribución de acuerdo a la condición de la persona, al sexo, la ocupación o el lugar de residencia. A partir de los asientos de libros consignados en los inventarios de bienes se pudo saber y evaluar el número de títulos poseídos por las distintas personas y la representatividad de las diferentes materias, lo que llevó a establecer auténticas radiografías librescas desde una perspectiva social. Al hilo de esto el libro pasó a ser reconocido como uno de los “nuevos objetos” que definieron el giro antropológico y cultural de la escuela de los “Annales” en la segunda mitad de los setenta, a la vez que se empezaban a sentar las bases de un cambio de rumbo. Significativa-

15 Jack Goody, “Introducción”, en J. Goody (comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, op. cit., p. 11.

16 Henri-Jean Martin, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII^e siècle (1598-1701)*, 2 vols., Paris-Genève, Droz, 1969.

mente Roger Chartier y Daniel Roche dijeron por entonces que el objetivo era “captar lo que una sociedad entera escribe o lee”¹⁷; pero para esto fue necesario superar la historia de los libros como posesión y pensar en una historia propiamente de la lectura, es decir, de las maneras de leer y de las apropiaciones experimentadas por los lectores, incluyendo los oyentes de las lecturas en alta voz.

Este desplazamiento, que empezó a hacerse efectivo en la década de los ochenta, implicaba un nuevo objeto de estudio y, en consecuencia, nuevos métodos y nuevas fuentes¹⁸. De un lado, la historia de la lectura se ha enriquecido con ciertos préstamos tomados de la crítica literaria, en particular de la estética de la recepción, dado el acento puesto por ésta en el acto de la lectura, esto es, en el momento en el que acontece el encuentro entre las categorías estéticas de las obras – la lectura implícita – y las interpretativas de los lectores – la lectura real. De otro, la mirada puesta en las modalidades del leer ha dado particular relieve a las formas materiales, toda vez que éstas contienen claves importantes para apreciar tanto los horizontes de lectura establecidos por los textos como las concretas apropiaciones señaladas por las notas autógrafas dejadas por los lectores y usuarios de los libros. Ciertamente al final es la libertad del lector la que define el contenido específico de la apropiación; pero ésta puede estar enunciada por la forma de los productos escritos, la composición de los textos o las diversas tipologías librescas¹⁹.

Ante la existencia de tantos lectores sin traza la reconstrucción de la lectura puede formularse a partir de las reglas de funcionamiento de los

17 Roger Chartier y Daniel Roche, “El libro: un cambio de perspectiva” (1978), en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Hacer la historia*, III. *Objetos nuevos*, Barcelona, Laia, 1980, p. 119.

18 Roger Chartier, “De la historia del libro a la historia de la lectura” (1989), en su libro *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993, pp. 13-40; del mismo, el capítulo “Comunidades de lectores”, en *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (1992), Barcelona, Gedisa, 1994, pp. 23-40; y Robert Darnton, “Historia de la lectura”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia* (1991), Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 177-208.

19 Roger Chartier (dir.), *Histoire de la lecture. Un bilan des recherches*, Paris, IMEC Éditions/Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, 1995.

textos, esto es, de las categorías y esquemas de percepción utilizados en su producción, ya sean literarios, documentales o de cualquiera otra índole²⁰. Esto último ha supuesto que la historia de la lectura reclame de facto la colaboración de aquellas disciplinas que, como la bibliografía material, la paleografía o la codicología, más tienen que decir en el análisis morfológico de los testimonios escritos²¹. Naturalmente esto requiere que las mismas rebasen la pura descripción técnica de los objetos escritos para ocuparse de las motivaciones sociales, económicas o políticas que rigen la producción textual, así como de las determinaciones de sentido implícitas en la materialidad de lo escrito. La forma entraña un acto de comunicación que se debe interpretar a partir de los contextos de producción y recepción, valorando las estrategias culturales e ideológicas de las que se hace portador y las maneras en que se verifica la descodificación del mensaje, e incluyendo igualmente la reescritura que el texto puede experimentar una vez en manos del lector.

Estas tesis comportan un claro rechazo de las posiciones sostenidas por el *New Criticism*, que, “en estricta ortodoxia saussuriana, considera el lenguaje como un sistema cerrado de signos cuyas relaciones producen significación por sí mismas”, de modo que “la construcción del sentido queda así desvinculada de cualquier intención o de cualquier control subjetivo, ya que se atribuye a un funcionamiento lingüístico automático e impersonal”²². La aplicación de las leyes del estructuralismo al discurso histórico supondría explicar los textos como si fueran objetivos y

20 Roger Chartier, “Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas” (1983), en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 40.

21 Donald F. McKenzie, *Bibliography and the sociology of texts*, London, The British Library, 1986 y *Making meaning: “printers of the mind” and Other Essays*, ed. Peter D. McDonald y Michael F. Suarez, S. J., University of Massachusetts Press, 2002. Así mismo véase Peter Stallybrass, “Shakespeare, the individual, and the text”, en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula A. Treicler (ed.), *Cultural studies*, Nueva York-Londres, Routledge, 1992, pp. 593-612; y Margreta de Grazia y Peter Stallybrass, “The materiality of the shakespearean text”, *Shakespeare quarterly*, vol. 44, 1993, n. 3, pp. 255-283.

22 Roger Chartier, “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social”, *Historia Social*, n. 17, 1993, p. 97.

estuvieran provistos de una lógica interna ajena a las circunstancias de diverso cariz que influyen en su materialidad y contenido. Sería tanto como negar la especificidad de los mismos, ocultar las condiciones sociales que intervienen en el momento de su producción y poner en el mismo plano un texto histórico y otro literario, reducidos a la sola consideración de su *narratividad*. Un riesgo que la historia no puede correr por cuanto supondría sustituir los problemas reales del ser humano por los discursos referentes a ellos, cuando no ocultarlos directamente; pero tampoco la historia de la cultura escrita dado que ésta carece de significado al margen del uso que le han dado las respectivas sociedades así como de cuantos testimonios expresan las distintas competencias y formas de apropiación.

El porvenir de la historia de la cultura escrita

Si hasta hace poco la escritura y la lectura se han considerado como “objetos de estudio separados, movilizandolos saberes específicos y tradiciones nacionales extrañas las unas a las otras”, el objetivo de la historia de la cultura escrita pasaría justamente por “ensamblar, en una historia de la larga duración, los diferentes soportes del escrito y las diversas prácticas que lo producen o lo apropian”²³. Se configura, en fin, como una forma específica de elaborar la historia cultural.

1. *Historia cultural e historia de la cultura escrita*

Naturalmente los objetivos y temas de la historia cultural son mucho más amplios, pues se vinculan a un concepto de cultura que podría compendiarse en la definición de Peter Burke: “Cultura es el sistema de significados, actitudes y valores compartidos, así como de formas simbó-

23 Roger Chartier, “Avant-propos. Lire pour écrire, écrire pour lire”, en Alfred Messerli y Roger Chartier (dirs.), *Lesen und Schreiben in Europa, 1500-1900. Vergleichende Perspektiven. Perspectives comparées. Perspective comparate*, Verlag-Basel, Schwabe & Co Ag, 2000, p. 10.

licas a través de las cuales se expresa o encarna”²⁴. Dicha propuesta entronca con la visión que de la historia cultural ofrece la moderna antropología, cuyas diferencias con los modelos precedentes, clásico y marxista, se pueden resumir en cuatro puntos:

- 1°. La ruptura con la división tradicional entre sociedades con cultura y sin cultura, de manera que, al igual que los antropólogos, los historiadores culturales prefieren hablar de “culturas” en plural.
- 2°. La extensión del significado del término a fin de englobar una gama de actividades más amplia que antes, de tal forma que la vida cotidiana o la “cultura” cotidiana pasa a ser algo esencial.
- 3°. La incorporación de la ideas de la “recepción” y con ella el cambio de enfoque desde el que da al que recibe, lo que tanto tiene que ver con los actos de apropiación y las circunstancias que los envuelven.
- 4°. El rechazo del concepto marxista de la “superestructura” reemplazado por la tesis de que la cultura es capaz de resistir a las presiones sociales e incluso de conformar la realidad, lo que ha despertado el interés creciente por la historia de las “representaciones” y, en particular, por la historia de la “construcción”, “invención” o “constitución” de los hechos sociales²⁵.

Es evidente que dichas posturas han servido para rectificar un cierto “delito historiográfico”²⁶: el que había llevado a pensar que las manifestaciones culturales eran meras correas de transmisión de los modelos ideológicos dominantes. Retomando las tesis de Batjtin sobre la “circularidad cultural”, distintos historiadores, caso de Carlo Ginzburg, Peter Burke o Roger Chartier, rompieron con toda visión estrechamente clasista de la cultura, ya que el estudio de ésta demuestra que ciertos temas

24 Peter Burke, *La cultura popular en la Europa Moderna* (1978), Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 29. Véase también Francisco J. Falcon, *Historia cultural. Una nova visão sobre a sociedade e a cultura*, São Paulo, Editora Campus, 2002.

25 Peter Burke, “Unidad y variedad en la historia cultural” (1997), en *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 244-249.

26 La expresión la tomo de Armando Petrucci, “Dietro lo specchio”, en Alfred Messerli y Roger Chartier (dirs.), *Lesen und Schreiben...*, op. cit., p. 617.

y motivos atribuidos a la llamada cultura “sabia” llegaron también a la cultura “popular”, y al revés. Abundando en ello, Chartier llamó la atención sobre el orden de las prácticas y sus varias “apropiaciones”, esto es, las distintas interpretaciones que cada sujeto puede elaborar de las mismas o similares producciones culturales. De manera que la distinción no habría que hacerla tanto entre una cultura “sabia” y otra “popular”, cuanto en las diferentes maneras en las que unos y otros se apropian de los textos, y en el sentido que dan a los mismos. Las coordenadas que encierran esa propuesta corresponde a lo que Chartier ha llamado la *historia cultural de lo social* en la medida que, según él, todas las relaciones entre los hombres son siempre de orden cultural.

Sin duda se trata de una perspectiva muy sugerente que ha venido a corregir cierta rigidez del determinismo marxista; pero considero también que la cultura no es algo que pueda entenderse como suspendido en el aire, al margen de las respectivas sociedades que la producen y le dan significación. Sin caer en los errores del reduccionismo clasista, comparto con Robert Darnton que los sistemas de comunicación, la cultura y el mundo simbólico no se pueden pensar “como cualquier cosa que se baste a sí misma, sino como una lengua a través de la que el poder, las relaciones sociales y la economía se expresan. Es una manera de pensar la cultura no como distanciada y diferenciada de esas otras cosas sino, más bien, al contrario, como integrada profundamente en lo social”²⁷.

Y esto, que se ha señalado para el conjunto de las manifestaciones culturales, sirve igualmente para la más concreta historia de la cultura escrita. Después de todo, ésta se puede entender perfectamente como una forma de historia cultural centrada específicamente en los objetos escritos y en los testimonios, de cualquier índole, que conciernen a sus distintos usos y a sus varias funciones. Por lo tanto, al igual que se ha dicho respecto de los historiadores culturales, también los que nos ocupamos de la historia de la cultura escrita debemos poner de relieve las

27 Pierre Bourdieu, Roger Chartier y Robert Darnton, “Diálogo a propósito de historia cultural”, *Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura*, n. 47, p. 55, 2001.

conexiones entre las distintas actividades y manifestaciones de lo escrito de cara a reconstruirlas como un todo. Frente a los riesgos de la fragmentación, me parece ejemplar la propuesta de Armando Petrucci, que es tanto una exigencia de método como una auténtica declaración de principios, a saber

que el universo de los testimonios escritos de una determinada civilización, de un determinado periodo, de una determinada comunidad, es decir, sus libros, sus documentos, sus epígrafes, sus cartas, sus cuentas y así sucesivamente, constituyen un todo único, un tejido inseparable, afrontado siempre con una consciencia global²⁸.

2. *Discursos, prácticas y representaciones*

Reconstruir las conexiones entre las diferentes materialidades de lo escrito de cara a comprender su significado global en una sociedad determinada se presenta como referencia fundamental de lo que debe ser la historia de la cultura escrita. En suma, como ya se ha dicho, ésta se puede entender como la conjunción de tres historias que habían avanzado en paralelo: la historia de las normas, de las capacidades y de los usos de la escritura; la historia de los libros o, más ampliamente, de los textos manuscritos e impresos (y electrónicos, habría que añadir ya); y la historia de las maneras de leer.

Indagar en esa triple perspectiva entraña asumir que la historia de la cultura escrita se distingue de otras formas de practicar la historia cultural por la valorización que otorga al análisis morfológico de los productos escritos. Una especificidad que reserva un papel destacado a las disciplinas eruditas pues son éstas las que poseen las herramientas conceptuales más adecuadas para el examen de las formas materiales de los objetos escritos. En definitiva, la historia de la cultura escrita constituye un nuevo espacio científico para dichas materias, pero esto no

28 Armando Petrucci, *Medioevo da leggere. Guida allo studio delle testimonianze scritte del Medioevo italiano*, Torino, Einaudi, 1992, p. 8.

debe confundirse con la equiparación de sus objetos y métodos de estudio. Al contrario, tiene los suyos propios puesto que de la misma manera que no debe perder de vista las determinaciones de sentido inherentes a la morfología de los productos de la cultura escrita, tampoco eludir otros modos de afrontar su significado social. Retomando algunas ideas de Roger Chartier, considero que la historia de la cultura escrita debe mantener el frente abierto en tres direcciones: los discursos, las prácticas y las representaciones.

Entiendo el *discurso* como la doctrina o ideología que trata de reglamentar y sistematizar el funcionamiento de una sociedad. A su vez cada discurso se debe a unas pautas de funcionamiento donde están planteadas sus propias contenciones y exclusiones, lo que se acepta y lo que se rechaza, las personas admitidas y las personas excluidas²⁹. En cuanto fruto de una voluntad de normalización, el discurso conlleva a la institución productora o a los individuos socialmente autorizados para elaborarlo y aplicarlo, incluso imponerlos. Hablo, claro está, del discurso en cuanto espacio y forma de poder, esto es, como el conjunto de textos que la clase dominante o las personas socialmente *autorizadas* producen con el objeto de ordenar las relaciones y prácticas sociales.

Esos discursos pueden afectar a cualquiera de los aspectos que informan la vida en sociedad: la política, el derecho, la religión, la economía, la cultura, el sexo, o la cultura escrita, pues ésta comporta también una forma de poder. El poder, por ejemplo, de adquirir una capacidad – leer y/o escribir – que no siempre ha estado al alcance de todos; el poder de producir un determinado texto; o el poder, en fin, de acceder a los saberes y conocimientos vertidos en los libros. Por ello, en la medida que contiene las claves para abrir las puertas de numerosos secretos, la cultura escrita es objeto de una producción discursiva relacionada con los valores que se le atribuyen en cada momento de la historia. Allí donde está revestida de argumentos sagrados, el discurso trata de legitimar las razones del acceso restringido y del monopolio ostentado por determinada casta o corporación. Y por el contrario, allí donde se concibe como un factor

29 Michel Foucault, *El orden del discurso* [1970], Barcelona, Tusquets, 1999.

de promoción social, el discurso vendrá a sostener las ventajas que tiene la alfabetización extensiva y la democratización del acceso a lo escrito. Éstas son exclusivamente dos modalidades de discurso aplicadas a la cultura escrita, pero cada época histórica y cada sociedad tienen las suyas propias.

La historicidad de las normas es una parte fundamental de la historia de la cultura escrita que debe ponerse en conexión con la realidad más concreta de las *prácticas*, esto es, con los testimonios específicos donde se expresan los usos y funciones atribuidas al escrito. Al hacerlo así se pone sobre el tapete el contraste entre la función reglamentista de los discursos y la potencialidad subversiva de las apropiaciones, del lector pero también de la persona que escribe. Así la valorización de las prácticas forma parte de una revisión historiográfica que ha traído el retorno del sujeto al análisis histórico³⁰. Con ello no se trata de negar la importancia de las estructuras sociales o económicas, sino de introducir los conceptos de libertad y de transgresión en el estudio de las prácticas culturales. En suma, la posibilidad que los individuos tienen de evadir ese “orden pensado – el texto concebido – [que] se produce en cuerpos – los libros – que lo repiten, al formar empedrados y caminos, redes de racionalidad a través de la incoherencia del universo”³¹. La norma establece su propuesta pero finalmente es la persona quien la acata o no. En el ámbito de la historia cultural, esta revalorización del sujeto tiene mucho que ver con la brecha abierta por la microhistoria y, sobre todo, con la constatación de lo equivocado que era establecer una relación unívoca entre niveles sociales y culturales, cuya mejor demostración está en la trayectoria que han seguido los estudios sobre la cultura popular³². Un cambio de para-

30 Giselle Martins Venancio, “Arquivos pessoais: dos vestígios da memória à escrita de história”, *Revista Humanas*, Universidade Estadual de Londrina, vol. 2, n. 1, 2001.

31 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer* (1990), nueva edición, establecida y presentada por Luce Giard, México, Universidad Iberoamericana, 1996, p. 157.

32 Una excelente síntesis e interpretación de la misma nos la proporciona del libro de Ana María Zubieta (dir.), *Cultura popular y cultura de masas*. Conceptos, recorridos y polémicas, Buenos Aires, Paidós, 2000.

digma que, en opinión de Chartier, ha hecho de la problemática de los usos, del empleo dado a los objetos culturales, el eje principal de la historia cultural en los últimos años³³.

Aplicado al ámbito más específico de la cultura escrita, la confrontación entre las normas y las prácticas se ha visto claramente tanto por los contenidos y temáticas de las lecturas “populares”, como por la incidencia de la estética de la recepción y de la teoría de la acción en el análisis de las danzas que se establecen entre los textos y los lectores³⁴, justo ahí donde, como sostiene Michel de Certeau, “una doctrina ortodoxa había plantado la estatua de “la obra” rodeada de consumidores conformes e ignorantes”³⁵. Dichos planteamientos han apeado a la obra del pedestal donde se encontraba para enfocar con mayor detenimiento el acto de la lectura y la figura del lector. De éste como el “productor de jardines que miniaturizan y cotejan un mundo”, como el “Robinson de una isla por descubrir”, como el viajero que explora las tierras del prójimo, o como el nómada que caza furtivamente en los campos que no ha escrito. De la lectura, en fin, situada “en la conjunción de una estratificación *social* (de relaciones de clase) y de operaciones *poéticas* (construcción del texto por medio de su practicante): una jerarquización social trabaja para conformar al lector a ‘la información’ distribuida por una élite (o semiélite); las operaciones lectoras se las ingenian con la primera al insinuar su inventividad en las fallas de una ortodoxia cultural”³⁶.

Las prácticas corrigen la lógica de los discursos y sitúan el análisis de la cultura escrita en el plano de los usos dados a la misma, de las competencias efectivas del escribir y del leer, y de los modos de ponerlo en uso. Por un lado, aluden a las evidencias materiales de cada ejercicio de escritura y de lectura; y por otro, señalan las condiciones en las que se hacen posibles. En suma, la historia de la cultura escrita debe atender al rastreo

33 Pierre Bourdieu, Roger Chartier y Robert Darnton, “Diálogo a propósito de historia cultural”, op. cit., p. 44.

34 Paul Ricoeur, “Mundo del texto y mundo del lector”, en P. Ricoeur, *Tiempo y narración*, III. El tiempo narrado [1985], México, Siglo XXI editores, 1996, pp. 864-900.

35 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano...*, op. cit., p. 188.

36 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano...*, op. cit., pp. 185-186.

y explicación de los gestos, las maneras y los lugares que enmarcan cada una de las apropiaciones.

La atención a las prácticas y, en el orden de los textos, a los dispositivos discursivos y materiales que constituyen el aparato formal de la enunciación, no se puede entender sin tener en cuenta su vinculación con el concepto de *representación*, tomada en su doble sentido, su doble función: hacer presente una ausencia, representar algo; y exhibir su propia presencia como imagen, es decir, presentarse representando algo, que se constituye como tal en la medida que existe un sujeto que mira (o que lee)³⁷. Bajo estos enunciados determinadas prácticas de la cultura escrita, caso, por ejemplo, de las inscripciones monumentales, se entienden mejor si las interpretamos como estrategias de significación por parte de las instancias enunciativas. Se comprenden mejor si pensamos que buena parte de dichas *escrituras visibles* recurrieron a lenguas y tipologías gráficas extemporáneas a su momento de producción y exposición, pero que se explica claramente si aplicamos una clave de lectura que no sea analógica, sino más bien visual³⁸. En definitiva, como ha dicho Pierre Bourdieu, la representación que los individuos y los grupos revelan a través de sus prácticas y de sus propiedades “forma parte integrante de su realidad social”³⁹.

37 Inspirada en las tesis del historiador del arte Louis Marin, la tomo de Roger Chartier, “Poderes y límites de la representación. Marin, el discurso y la imagen” (1994), en su libro *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996, pp. 73-99. Ahora también en Roger Chartier, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 73-87.

38 Armando Petrucci, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Torino, Einaudi, 1986 (versión inglesa: *Public lettering. Script, power, and culture*, Chicago-London, The University of Chicago Press, 1993) y “Escritura como invención, escritura como expresión” (1996), en A. Petrucci, *Alfabetismo, escritura, sociedad*, op. cit., pp. 171-180. Personalmente he seguido esta línea de interpretación en varios trabajos, en particular: Antonio Castillo Gómez, “Artificios epigráficos. Lecturas emblemáticas del escribir monumental en la ciudad del Siglo de Oro”, en Víctor Mínguez, *Del libro de emblemas a la ciudad simbólica. Actas del III Simposio Internacional de Emblemática Hispánica (Castellón-Benicàssim, 30 de septiembre-2 octubre 1999)*, Castellò, Publicacions de la Universitat Jaume I, vol. 1, 2000, pp. 151-168, y “Entre public et privé. Stratégies de l’écrit dans l’Espagne du Siècle d’Or”, *Annales... Histoire, Sciences Sociales (HSS)*, 4-5, 2001, pp. 813-816.

39 Pierre Bourdieu, *La distinción*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 563-564.

Cada producción cultural, un cuadro o un libro, enuncia también una determinada imagen de aquello que representa, la cual se constituye en la medida que existe un sujeto receptor de la misma, ya sea el espectador de un cuadro o el lector de un texto cualquiera. En un sentido amplio, esta segunda posibilidad del término de representación implica tanto el análisis de las estrategias formales de los escritos – donde de nuevo reclaman su lugar las disciplinas eruditas – como el de las tácticas discursivas – aquí el campo se abre al más intrincado mundo del análisis del discurso. En una versión más precisa, dicha acepción otorga un especial valor a los modelos relacionados con la cultura escrita que cada sociedad produce y transmite. Piénsese, por ejemplo, en la gran importancia que en el imaginario narrativo del siglo XIX tuvieron las representaciones de los lectores y de la lectura, incluyendo la celebración de la mujer lectora por más que dicha imagen distara bastante de la realidad social. El reciente estudio de Nora Catelli sobre ese tema pone en evidencia los poderes y límites de la representación: de un lado, la capacidad de la misma para proponer e incluso establecer modelos en relación con el valor de la cultura escrita y las prácticas de ésta; y de otro, la mayor o menor historicidad de dichos modelos⁴⁰. Por otra parte, la existencia de éstos entronca con las producciones discursivas de las que muchas veces son extensión, cerrando así el ciclo de una historia de la cultura escrita que no debe prescindir de ninguno de sus dominios de posibilidad: los discursos, las prácticas y las representaciones.

3. Otra mirada a las fuentes

Éstos, a su vez, determinan la amplitud que han experimentado las fuentes susceptibles de ser empleadas para la elaboración de la historia de la cultura escrita, sobre todo si las comparamos con las que más se tuvieron en cuenta en las primeras etapas. Entonces, la historia del alfabetismo puso su ojo en aquellas donde aparecían suscripciones autógrafas que se pudieran cuantificar; la historia del libro se centró en los inventarios

40 Nora Catelli, *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*, Barcelona, Anagrama, 2001.

de bibliotecas, los catálogos de librerías, las tipobibliografías de las ciudades con imprenta y los inventarios *post-mortem*; en tanto que la historia de la escritura trabajó con testimonios autógrafos de carácter cualitativo, caso del famoso libro de cuentas de la tendera Magdalena o la matrícula de la Cofradía de San Ignacio en Perugia, por mencionar algunos de los trabajos más significativos⁴¹. Hoy, sin embargo, esas fuentes siguen siendo válidas pero situadas en una dimensión distinta y dentro de un repertorio mucho más amplio que debe atender las tres dominios que vengo considerando:

1. *Fuentes del discurso*. Comprenden todos aquellos textos socialmente autorizados a través de los cuales se establece y se propaga una determinada concepción de la escritura y de la lectura. Incluyen, por lo tanto, los textos emanados de las diferentes instancias de poder productoras de discursos: la política, el derecho, la iglesia, la academia, las gentes de letras o los profesionales de la escritura y del libro. Naturalmente la incidencia de unas y otras modalidades estará en consonancia con el peso de las mismas en la respectiva sociedad. Un excelente ejemplo de esto lo tenemos en las obras de Anne Marie Chartier y Jean Hébrard sobre los discursos de la lectura en Francia entre 1880 y 2000, estudiados en relación con las tres esferas de producción con atribuciones en la práctica educativa: la Iglesia, los bibliotecarios y la escuela⁴².
2. *Testimonios de las prácticas*. Sin duda el *corpus* más extenso e impreciso puesto que comprende la totalidad de los objetos escritos, ya sean de carácter oficial o privado, impresos, manuscritos o electrónicos, pintados, garabateados o incisos. La elección de unos o de otros

41 Armando Petrucci, "Scrittura, alfabetismo ed educazione grafica nella Roma del primo cinquecento: da un libretto di conti di Maddalena pizzicarola in Trastevere", *Scrittura e civiltà*, n. 2, pp. 163-207, 1978; y Attilio Bartoli Langeli, *Scrittura e parentela. Autografia collettiva, scritture personali, rapporti familiari in una fonte italiana quattrocentesca*, Brescia, Grafo, 1989.

42 Anne-Marie Chartier y Jean Hébrard, *Discursos sobre la lectura (1880-1980)* (1989), Barcelona, Gedisa, 1994 y *Discours sur la lecture, 1880-2000*, Paris, Fayard-Bibliothèque publique d'information, 2000.

dependerá siempre de los objetivos planteados en cada investigación. No obstante debo señalar que las orientaciones seguidas en los últimos años han concentrado la atención sobre el valor cotidiano de la escritura, algo que normalmente había pasado desapercibido por cuanto los estudios anteriores se habían centrado preferentemente en los testimonios escritos vinculados al poder. Como consecuencia de ello, las fuentes más solicitadas son las cartas privadas, los diarios, los libros de cuentas, los cuadernos de memorias, los cuadernos escolares, en fin, una lista casi interminable integrada por todas las escrituras cotidianas y personales, donde no falta tampoco la relevancia conferida a los escritos de las clases populares⁴³.

3. *Representaciones*. Se trata de los distintos tipos de imágenes que cada sociedad construye a propósito de los temas y objetos de la cultura escrita. Naturalmente la parte más suculenta del pastel se la llevan tanto las manifestaciones de la escritura y de la lectura, de los escritores y de los lectores, en el arte; pero tampoco faltan las que tienen su espacio en los textos literarios⁴⁴.

43 Entre las referencias más claras del reciente interés hacia éstas puedo mencionar: Daniel Fabre (dir.), *Écritures ordinaires*, Paris, Éditions P.O.L./Centre Georges Pompidou, 1993; Daniel Fabre (dir.), *Par écrit. Ethnologie des écritures quotidiennes*, Paris, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1997; Quinto Antonelli y Anna Iuso (eds.), *Vite di carta*, Nápoles, L'Ancora, 2000; Ana Chrystina Venancio Mignot, Maria Helena Camara Bastos y Maria Teresa Santos Cunha (org.), *Refúgios do eu: educação, história, escrita autobiográfica*, Florianópolis, Mulheres, 2000; Antonio Castillo Gómez (ed.), *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española*, Oiarzun, Sendoa, 2001; Antonio Castillo Gómez (coord.), *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*, Gijón, Trea, 2002; Piero Conti, Giuliana Franchini y Antonio Gibelli (eds.), *Storie di gente comune nell'Archivio Ligure della Scrittura Popolare*, Génova, Editrice Impressioni Grafiche, 2002; y Maria Helena Camara Bastos, Maria Teresa Santos Cunha y Ana Chrystina Venancio Mignot (org.), *Destinos das letras: história, educação e escrita epistolar*, Passo Fundo, Universidade de Passo Fundo, 2002.

44 François Dupuigrenet Desrouissilles, *La symbolique du livre dans l'art occidental du haut Moyen Âge à Rembrandt*, Paris, Institut d'étude du livre, 1995; Emmanuel Fraisse, Jean-Claude Pompougnac y Martine Poulain, *Discours et représentations*, París, Bibliothèque publique d'information-Centre Georges Pompidou, 1989; o Flávio Carneiro, *Entre o cristal e a chama. Ensaio sobre o leitor*, Rio de Janeiro, Editora da Universidade do Estado do Rio de Janeiro, 2001.

En suma, un elenco interminable cuya amplitud pretende corroborar la vocación global de la historia de la cultura escrita. Acaso sea éste su principal rasgo de distinción respecto de etapas anteriores, más centradas en otras problemáticas – los libros o la competencia gráfica – y, por ello, más restringidas en sus fuentes. Retoma, en parte, la ruptura con la separación decimonónica entre los estudios históricos y los literarios; pero, por supuesto, sin llegar al extremo de considerar que la realidad no existe si no es a través de los *restos textualizados*, a través del lenguaje, como han sostenido los más conspicuos representantes del postmodernismo.

4. *Los tiempos del escrito: producción, uso y conservación*

Desde otro punto de vista, la historia de la cultura escrita también se puede definir como aquélla que trata de explicar el escrito en cada una de las etapas que jalonan su trayectoria. En cierto modo, cada tiempo determina sus problemas de estudio y las maneras de afrontarlo, aunque, por supuesto, con esto no quiero decir que haya que romper la unidad del hecho escrito. Por otro lado, lo que de específico pueda tener cada uno de los tiempos de la escritura dota de un contexto más preciso a cada uno de los aspectos que se engloban bajo lo que Armando Petrucci llamó la “difusión social” y la “función” de la escritura⁴⁵, sin duda, dos conceptos claves en lo que ha sido la construcción de la historia de la cultura escrita.

El primero de esos momentos es el *tiempo de la adquisición*, esto es, cuando se accede a la competencia gráfica. Su estudio debe prestar particular atención a las condiciones sociales de tal posibilidad; lo que, en términos más exactos, podemos relacionar con la función atribuida a la cultura escrita en cada época y sociedad, y, en consecuencia, con la historicidad de las políticas de alfabetización. Así, por ejemplo, el hecho de que los egipcios se refirieran a los signos jeroglíficos con el término *Medu*

45 Armando Petrucci, “Para la historia del alfabetismo y de la cultura escrita: métodos, materiales y problemas” (1978), en ID., *Alfabetismo, escritura, sociedad*, op. cit., pp. 25-26.

netcher (“palabra de dios”) dice bastante de lo que la escritura representaba para ellos y, por lo tanto, del monopolio escriturario de los escribas; como también la concepción cristiana del libro en cuanto Dios hecho verbo está vinculada con el fenómeno altomedieval del control clerical de la escritura; sin olvidarnos que tampoco por entonces su conocimiento era considerado imprescindible o necesario, ni siquiera para las clases dirigentes, que disponían de escribas o notarios para solventar la eventual necesidad de escribir. Por el contrario, la convicción ilustrada de que el progreso estaba ligado a la alfabetización llevó a un cambio de las políticas educativas a partir del siglo XIX, cuyo resultado es el alfabetismo casi generalizado de las sociedades occidentales contemporáneas.

Son sólo un par de calas en la historia, y seguramente reducidas al máximo, pero entiendo que perfectamente válidas para comprender la importancia de las circunstancias que rodean la apropiación de la capacidad de escribir. Abundando en esto, es obvio que detrás de ellas se encuentran los respectivos discursos sobre la escritura y la lectura. De manera que el análisis del tiempo de la adquisición debe conjugar estas dos variables del problema: no puede despreciar la individualidad de los sujetos pero tampoco eludir lo que la escritura ha significado en cada período y para las diferentes clases sociales. Insisto en este aspecto, a veces olvidado tras la máscara culturalista, porque pienso que la historia de la cultura escrita no puede rehuir que la desigualdad en el acceso a la misma es la evidencia más clara de la estructura social existente y de las discriminaciones. No quiero con esto reproducir los vicios de toda visión unívoca de las relaciones entre los niveles sociales y culturales, pero tampoco eludir las implicaciones del orden que reglamenta cada sociedad. En esto, reclamo la validez de la teoría marxista, así como la necesidad de asumir las reflexiones aportadas por los estudios de género. Respecto a estos, es obligado incidir en las implicaciones del género en los testimonios escritos producidos por las mujeres o dirigidos a ellas.

Adquirida o detentada la competencia gráfica, entramos en lo que podemos llamar el *tiempo de la producción*, de nuevo ligado a las circunstancias que intervienen en el momento de crear o fabricar un producto de cultura escrita. Empleo conscientemente el término “fabricar”

porque con ello pretendo llamar la atención sobre la intencionalidad política que se “oculta” detrás de ciertos usos de la escritura motivados claramente por la voluntad de transmitir una determinada ideología. Piénsese, por ejemplo, en la operación gráfica efectuada en el templo de Malatesta en Rímini entre 1447 y 1461 por iniciativa de Sigismondo Pandolfo Malatesta con el objeto de convertirlo en un monumento personal, o en el amplio programa monumental y gráfico patrocinado por el Papa Sixto V en Roma entre 1585 y 1591, ambos magníficamente estudiados por Armando Petrucci⁴⁶; o en las estrategias formales y discursivas adoptadas en la confección de los privilegios rodados en la España medieval⁴⁷. Prestando atención a los detalles, aparentemente menudos, de la morfología de los testimonios escritos se percibe más claramente la honda significación política que rodea la composición de algunos de ellos, concebidos, sin duda, como verdaderos actos de poder, del poder consumado por medio de la escritura. No obstante, dilucidar el tiempo de la producción de la cultura escrita no debe confundirse con una mera descripción de sus atribuciones materiales o gráficas. Ciertamente éstas son inexcusables en la medida que transmiten y representan la función conferida a ciertos escritos; pero siempre que se valoren al mismo tiempo que se profundiza en las circunstancias históricas que envuelven cada monumento escrito.

Llevado a otros dominios, el tiempo de la producción complementa la brecha abierta por los estudios sobre la educación gráfica introduciendo el concepto más elaborado de “prácticas de cultura escrita”. Ya no se trata tan sólo de valorar los distintos niveles de competencia escrituraria según se infieren de los testimonios autógrafos; sino de profundizar en sus rasgos y, en especial, en el análisis morfológico de los testimonios escritos.

46 Armando Petrucci, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, op. cit. y “Poder, espacios urbanos, escrituras expuestas: propuestas y ejemplos” (1985), en ID., *Alfabetismo, escritura, sociedad*, op. cit., pp. 57-69.

47 Véase, por ejemplo, Carlos Sáez, “Documentos para ver, documentos para leer”, *Anuario de Estudios Medievales*, n. 29, pp. 899-910, 1999, y Elisa Ruiz, “Claves del documento artístico bajomedieval en Castilla”, en *El documento pintado. Cinco siglos de arte en manuscritos*, Madrid, Museo Nacional del Prado-Afeda, 2000, pp. 23-43.

Esto “permite reconocer las posibilidades (o los límites) que la forma material de inscripción de los discursos propone (o impone) en el proceso mismo de la construcción del sentido”⁴⁸. Como el propio Roger Chartier había dicho con anterioridad, “las formas en las que un individuo o un grupo se apropian de un motivo intelectual o una forma cultural son más importantes que la distribución estadística de ese motivo o de esa forma”⁴⁹. Reporto ahora una atinada reflexión del escritor Marcel Proust que viene muy a propósito de esa cuestión y, en particular, de la significado de los dispositivos gráficos en el destino último de los textos, en el momento de la lectura:

Más aún, no son únicamente las frases las que dibujan ante nuestros ojos las formas del alma antiguas. Entre las frases – y estoy pensando en libros muy antiguos que fueron antes recitados –, en el intervalo que las separa se conserva todavía hoy en día como dentro de un hipogeo inviolable, colmando sus intersticios, un silencio muchas veces secular. A menudo, en el Evangelio de San Lucas, al tropezar con los *dos puntos* que interrumpen el texto delante de todos los pasajes casi en forma de cántico de que está plagado, he escuchado el silencio del fiel que acababa de interrumpir la lectura en voz alta, para entonar los versículos siguientes como si fueran un salmo que le trajera a la memoria los salmos más antiguos de la Biblia⁵⁰.

Aquí es indiscutible que la historia de la cultura escrita puede entablar un diálogo muy fructífero con la corriente del análisis crítico del discurso, pero sin confundir sus campos e intereses. La primera debe atender preferentemente al hecho de la escritura y a la materialidad de los testimonios escritos; en tanto que la teoría del discurso entiende éste no sólo como “una práctica social que estructura áreas de conocimiento, que no sólo expresa o refleja entidades, prácticas, relaciones, sino que las constituye y conforma”; es decir, asumiendo que “adoptar una definición como

48 Roger Chartier y Jean Hébrard, “Prólogo: Morfología e historia de la cultura escrita”, op. cit., p. 12.

49 Roger Chartier, “Historia intelectual e historia de las mentalidades...”, op. cit., p. 31.

50 Marcel Proust, *Sobre la lectura* (1905), Valencia, Pre-Textos, 1996, p. 66.

ésta, supone dejar de considerar el discurso como un conjunto de signos, de elementos significantes que remiten a contenidos y representaciones, y pasar a considerarlo, en cambio, como prácticas que conforman sistemáticamente los objetos de los que hablan”⁵¹. La singularidad de la historia de la cultura escrita estará en tener presentes las elaboraciones de la teoría del discurso y ligarlas con la forma específica de los objetos escritos.

La forma material puede orientar las expectativas de significación de los textos; pero finalmente el sentido dado a éstos no puede prescindir de las circunstancias que actúan en el *tiempo de la recepción*, donde el protagonismo pasa del autor, sujeto central de las más convencionales historias de la literatura, al lector, ascendido al primer plano de la representación por causa directa de la estética de la recepción. Ésta corriente de la crítica literaria, personalizada en las figuras de Hans Robert Jauss y Wolfgang Iser⁵², planteó la necesidad de estudiar las obras como textos, esto es, como productos pensados para un consumo, para una utilización determinada por un grupo de receptores. Ello condujo a destacar la importancia de la temporalidad como el marco en que la obra se desarrolla, la historicidad que la envuelve y, sobre todo, la estética del efecto receptivo, que es justamente el plano donde el lector asume todo el protagonismo: “A medida que el lector – sostiene Iser – utiliza las diversas perspectivas que el texto le ofrece a fin de relacionar los esquemas y las “visiones esquematizadas” entre sí, pone a la obra en marcha, y este mismo proceso tiene como último resultado un despertar de reacciones en su fuero interno”⁵³.

Son estas reacciones las que, en último extremo, pueden hacer que la construcción de sentido no se corresponda exactamente con los horizontes de expectativas desarrollados en la obra, de ahí la conocida

51 María Laura Pardo y Luisa Martín Rojo, “Editorial: Con-fines del discurso”, *Revista Iberoamericana de Discurso y Sociedad*, Editorial Gedisa (Barcelona), vol. 1, n. 1, p. 7, 1999.

52 Hans Robert Jauss, *La historia de la literatura como provocación* (1970), Barcelona, Península, 2000; y Wolfgang Iser, *El acto de leer. Teoría del efecto estético* (1976), Madrid, Taurus, 1988.

53 Wolfgang Iser, “El proceso de lectura: enfoque fenomenológico” (1972), en J.A. Mayoral (ed.), *Estética de la recepción*, Madrid, Arco/Libros, 1987, p. 216.

distinción entre el lector implícito y el lector real: el primero, identifica “un proceso de transformación, mediante el cual se transfieren las estructuras del texto, a través de los actos de representación, al capital de experiencia del lector”⁵⁴; en tanto que el segundo es aquel que pone en funcionamiento una determinada cantidad de experiencia para reconstruir las “imágenes” de que el texto es portador. Este lector real puede verse afectado tanto por los modos narrativos desarrollados por el autor como por las estrategias formales usadas en la presentación del texto (por ejemplo, por escriba y copistas en la actividad manuscrita o por los trabajadores de la imprenta en las ediciones tipográficas); pero, en último término, tiene la posibilidad de “inventar” en los textos algo distinto a lo que era la intención de éstos: la lectura como una cacería furtiva, de acuerdo al planteamiento de Michel de Certeau⁵⁵.

Estas teorías que han sido muy útiles para plantear una nueva manera de entender las obras literarias no tienen por qué restringirse exclusivamente a éstas. Asumidas por la historia de la cultura escrita son válidas para entender la función de otros muchos tipos de textos – administrativos, políticos, jurídicos e incluso privados – contruidos también conforme a la modalidad de su recepción. Así, por mencionar un caso, la apropiación pública, a veces comunitaria, de los pasquines está en la base de una práctica de escritura en la que abundan las rimas, las locuciones hiperbólicas, los toques de humor y el empleo de palabras corrientes, y de una constitución gráfica que recurre a la mayor visibilidad de las letras mayúsculas (que, además, servían para proteger el anonimato).

Cualquiera que sea el texto, literario o no, éste conlleva un tiempo y un espacio de la recepción que está afectado tanto por las distintas maneras de leer o de efectuar el texto como por las experiencias previas de los lectores. Por eso cada acto de consumo o apropiación cultural es también un acto de producción, de creación; es decir, la ocasión para fabricar un texto nuevo aunque éste no se materialice en una práctica de cultura escrita y se quede más bien en la imaginación de cada lector. La historia de la

54 Wolfgang Iser, *El acto de leer* (1976), Madrid, Taurus, 1987, p. 70.

55 Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano...*, op. cit., pp. 177-189.

lectura será siempre la de los textos leídos, las maneras de leerlos y las construcciones de sentido a que dieron lugar, e igualmente de las inverosímiles apropiaciones sin traza. Éstas resultan más huidizas pero se puede deducir a partir de las formas materiales de los objetos escritos y de las orientaciones de sentido que ellas plantean; las otras tienen su prueba más clara en las notas que han ido dejando los lectores, aunque fuera, como dijo Benedetti del *Quijote*, para testimoniar su más “aburrida admiración”⁵⁶.

Sin embargo, la trayectoria de la escritura no concluye en el momento de su consumo a través de un determinado acto de lectura. En cuanto “ilimitado territorio de la experiencia y la memoria”, según la precisa afirmación de Emilio Lledó⁵⁷, el escrito tiene otra vida más allá de los momentos concretos de su producción y consumo, en lo que podemos llamar el *tiempo de la conservación*, cuyo estudio tampoco es ajeno a los intereses de la historia de la cultura escrita. Ésta debe indagar en las políticas de la memoria, en particular la escrita, es decir, en los discursos, las personas y las instituciones que han ejercido históricamente la competencia sobre el patrimonio escrito, en uso de la cual han intervenido en su selección y transmisión⁵⁸. El resultado es la construcción de una determinada memoria hecha tanto de presencias como de ausencias, toda vez que, como ha dicho el escritor argentino Mario Benedetti, el “olvido está lleno de memoria”⁵⁹. Interesará conocer la historia y la función de lo que Armando Petrucci ha llamado “instituciones memorizadoras”, esto es, los archivos, bibliotecas y museos donde se ha conservado la memoria

56 Mario Benedetti, *Buzón de tiempo*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 174.

57 Emilio Lledó, “Lenguaje y memoria” (1997), en ID., *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*, Madrid, Taurus, 1998, p. 166.

58 En torno a esta problemática, véase Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario* (1982), Barcelona, Paidós, 1991; Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?* Foro Internacional Memoria e Historia (UNESCO, 25, marzo 1998/La Sorbonne, 26, marzo, 1998) (1999), bajo la dirección de Françoise Barret-Ducrocq, Barcelona, Granica, 2002; y Francisco M. Gimeno Blay, “Conservar la memoria, representar la sociedad”, *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 8, pp. 275-293, 2001.

59 Mario Benedetti, *El olvido está lleno de memoria*, Madrid, Visor, 1995.

escrita⁶⁰; pero igualmente las distintas formas y figuras de la destrucción, unas veces casual y otras como fruto de expresas estrategias de *dampnatio memoriae*⁶¹.

La consideración de todas esas posibilidades permitirá que la historia de la cultura escrita no sea, como ha acontecido otras veces, una nueva etiqueta para “vender la historia entre los profesionales”⁶²; sino una disciplina comprometida con el conocimiento de “las sociedades pretéritas a través del prisma constituido por las diferentes formas de producción, uso y conservación de la cultura escrita, de los textos (de todos los textos), del universo textual que constituye la memoria escrita de una sociedad dada”⁶³. Desde esa perspectiva dos son las coordenadas principales a las que habrá que atender: el estudio de las estrategias de dominación simbólica y el de las prácticas de apropiación de los objetos culturales. Después de todo no olvidemos las palabras de Virginia Woolf: “Saber para quién se escribe es saber cómo hay que escribir”. En suma prácticamente lo que enunció Spinoza al ocuparse de los contenidos que debía asumir la historia de la Sagrada Escritura, sólo que ahora tocaría sustituir la mayúscula por una minúscula y desacralizarla de significado para considerarla en su acepción más amplia, esto es, aplicada al conjunto de los testimonios escritos, sean sagrados, literarios, administrativos o privados, entre otros:

La historia de la Escritura debe describir, finalmente, los avatares de todos los profetas, de los que conservamos algún recuerdo, a saber: la vida, las costumbres

60 Armando Petrucci, “Escrituras de la memoria y memorias de lo escrito. Del orden de los objetos escritos al desorden de la escritura virtual”, en *Alfabetismo, escritura, sociedad*, op. cit., p. 292.

61 Leo Löwenthal, *I roghi dei libri. L'eredità di Calibano* (1984), Genova: Il Melangolo, 1991; Francisco M. Gimeno Blay, *Quemar libros... ¡qué extraño placer!*, València, Universidad de València: Centro de Semiótica y teoría del espectáculo/ Asociación Vasca de Semiótica, 1995; y Maria Luiza Tuci Carneiro, *Livros proibidos, idéias malditas. O Dors e as minorias silenciadas* (1997), São Paulo, Ateliê Editorial/Projeto Integrado Arquivo do Estado-Universidade de São Paulo/FAPESP, 2002 (2. ed. ampliada).

62 Eric H. Hobsbawm, “¿Ha progresado la historia?” (1979), en *Sobre la historia* (1997), Barcelona, Crítica, 1998, p. 79.

63 Francisco M. Gimeno Blay, *De las ciencias auxiliares a la historia de la cultura escrita*, op. cit., p. 14.

y gustos del autor de cada libro; quién fue, con qué ocasión, en qué época, para quién y, finalmente, en qué lengua escribió. Debe contar además los avatares de cada libro: primero, cómo fue aceptado y en qué manos cayó; después, cuántos fueron sus diversas lecturas y quiénes aconsejaron aceptarlo entre los libros sagrados, cómo, finalmente, todos los libros, una vez que todos los reconocieron como sagrados, llegaron a formar un solo cuerpo⁶⁴.

Y todo ello en la perspectiva de la larga duración, en diálogo y confrontación con las prácticas precedentes y las posteriores, dado que los estudios sobre la cultura escrita no pueden prescindir de la historicidad del campo escriturario.

64 Spinoza, *Tratado teológico-político*, Madrid, Alianza, 1986, p. 198.